Introducción

Cómplices del autoritarismo

Por primera vez, desde el final de la guerra fría, el mundo está perdiendo la fé en la democracia. Entre el ascenso de Donald Trump en la política estadounidense y la predecible, pero autoinflingida, repercución económica del “Brexit”, muchos se han comenzado a preguntar lo que antes era impesable en Occidente: ¿podemos confiar en el gobierno del pueblo? ¿Es hora de deshacernos de la democracia y probar otra cosa?

Después del colapso de la Unión Soviética, la democracia se expandió a un ritmo sin precedente. Hoy, la democracia global ha retrocedido ligeramente cada año desde el 2006; en otras palabras, no ha habido progreso democrático en la última década[1].

En el otro extremo del espectro, poderosos regímenes autoritarios se han vuelto más autoritarios[2]. En diversos índices y mediciones, la democracia se ha estancado –en el mejor de los casos– y ha disminuido –en el peor de éstos–. A menos de que la tendencia se revierta, cualquiera que haya nacido en 2016 será, en promedio, menos libre que alguien que haya nacido en los 90s. Estas disminuciones democráticas no son un accidente; son las cicatrices de la lucha entre el gobierno del pueblo y el gobierno de los déspotas y dictadores. En este momento, el pueblo está siendo derrotado.

Sin embargo, democráticamente hablando, el cielo no se nos está viniendo encima. El mundo permanece siendo más democrático de lo que lo ha sido a lo largo de la historia de la humanidad. Muchos países que hasta hace unas décadas eran bastiones de represión autoritaria hoy son democracias. Sin embargo, el reciente retroceso democrático es una causa seria de preocupación. Éste no es un bebate teórico-filosófico; millones de personas permanecen atrapadas en regímenes indiferentes y sin responsabilidad alguna, donde la opresión despiadada es común.

Los mismos déspotas que han hecho retroceder o que han rechazado la democracia, han encontrado un cómplice poco probable: Occidente. Los gobiernos occidentales en Londres, París, Bruselas, y sobre todo en Washington, han ayudado e incitado, directa e indirectamente, al decaimiento de la democracia alrededor del globo. Esta triste verdad llega apesar de las metas explícitas de todos los gobiernos occidentales y apesar de los principios personales de casi todos en dichos gobiernos. La abrumadora mayoría de las élites occidentales creen en la democracia y quieren que se extienda. Más aún, los gobiernos occidentales han sido, son y seguirán siendo la mayor fuerza que respalda a la democracia en el mundo. Pero su enfoque actual es contraproducente. Este libro explica el porque y da un plan fundamentado para revertir la tendencia y comenzar a derrotar a los déspotas alrededor del mundo.

Por el momento, Occidente está padeciendo un caso agudo de fatiga de desarrollo democrático; sus líderes ya no tienen el estómago que solían tener para los riesgos a corto plazo. Esta sensación

1 Freedom House (2015). ‘Freedom in the World. Discarding Democracy: Return to the Iron Fist’, https://freedomhouse.org/report/freedom- world/freedom-world-2015#.VvziW2R97UQ, consultado por última vez el 31 de marzo de 2016. Véase también Diamond, Larry (2015). ‘Facing up to the Democratic Recession,’ *Journal of Democracy*, 26(1), 141–55; y Diamond, Larry y Marc F. Plattner (2015). *Democracy in Decline*?, Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

2 Nathan, Andrew (2015). ‘Authoritarian Resurgence: China’s Challenge,’ *Journal of Democracy*, 26(1), 156–70.



únicamente se ha intensificado en años recientes a la vez que las debacles prolongadas en Ucrania, la “Primavera Àrabe”, Libia, Afganistán e Irak, sustitulleron regímenes autoritarios estables con caos violento. Como resultado, la difusión de la democracia a caído varios escalones en la lista de prioridades de las agendas políticas de los gobiernos de Occidente; lo cual es prefectamente comprensible. Después de todo, las transiciones fallidas hacia la democracia en lugares como Libia, después de intervenciones mal realizadas, son verdaderas tragedias. Sin embargo, sería una mayor tragedia condenar a la siguiente generación a ser dominada por los déspotas, dictadores y asesinos, únicamente porque esta generación de políticos está renuente a crear opciones inteligentes, aunque arduas y difíciles, para apoyar consistentemente a la democracia a todo lo ancho del planeta. En vez de rehuirle a este reto, los gobiernos occidentales necesitan aprender de sus errores y redoblar sus esfuerzos; necesitan apegarse a sus principios y cuestionar, o incluso desafiar, a los déspotas, en vez de ayudarles en la consecución de su pragmatismo cortoplacista. Ésto no será sencillo; hay algunos beneficios inmediatos del autoritarismo solo esperando a ser aprovechados; tampoco hay garantía alguna de que los déspotas derrocados sean sustituidos por demócratas genuinos. Sin embargo, el enfoque actual debe cambiar para que la democracia tenga la oportunidad de luchar.

En la primer línea de combate por la democracia global, descubrí a un peculiar grupo de personajes; sus voces son importantes, pero raremente son escuchadas en Occidente. Así, durante los últimos cinco años, he atravesado el planeta y he estado estudiando las luchas locales por la democracia para conocer tanto la razón por la cual el mundo se está haciendo menos democrático, como las acciones que pueden revertir esta tendencia.

Viví durante meses a la vez en diferentes países; algunos, superficialmente, aparentan ser democráticos, pero eran, sin embargo, hogar de una política tóxica y de sociedades rotas. En otros, dictadores o juntas gobernaban. En Madagascar, un general que habló de los gloriosos días en los que secuestraba a políticos me recitó poesía; en Costa de Marfil, después del conflicto, bebí jugo de mango con antiguos rebeldes y fui asaltado a punta de machete; en Bielorrusia, fui seguido por la KGB, mientras hablaba con los candidatos presidenciales que valientemente desafiaban al último dictador de Europa; en Zambia, tomé té con una familia implicada en el complot de golpe de estado fallido; y, en Tailandia, tomé café con algunos generales de la junta.

Éstas fueron experiencias surrealistas, pero la crisis democrática en el siglo XXI es muy real para los miles de millones de personas que, alrededor del mundo, viven bajo el despiadado yugo de un dictador o bajo la ilusión de la libertad en lo que yo llamo “falsas democracias” (países que claman ser del, por y para el pueblo, pero que en realidad no son ninguna de las tres[3]). Una minoría de la población mundial vive en una verdadera democracia, donde la gente puede participar significativamente en la toma de decisiones sobre sus vidas, donde las leyes importan más que los caprichos de los caudillos, y donde los ciudadanos tienen opciones reales al elegir a sus representantes.

Los verdaderos criminales en este asalto contra la democracia son los dictadores y los falsos demócratas –los lobos dictadores revestidos de obejas demócratas–; pero Occidente también es cómplice del crimen, inadvertidamente roban a las fuerzas democráticas en el extranjero el camino

3 Los académicos se han referido a este concepto con diversos términos. Fareed Zakaria popularizó el de “democracia iliberal”, el cual encuentro poco útil, pues éstos países no son democracias. Otros han utilizado términos conceptualmente correctos pero muy especializados para describir dichos sistemas, tales como anocracia, autoritarismo competitivo o autoritarismo electoral.

al poder. Los gobiernos en Washington, Londres y Bruselas, eligen muy frecuentemente el lado del déspota, al tiempo que persiguen victorias pírricas y cortoplacistas en la seguridad y en la economía. Este enfoque mina los intereses a largo plazo de Occidente, golpea a la democracia global y mantiene oprimidos a miles de millones con pocas esperanzas de un mejor gobierno.

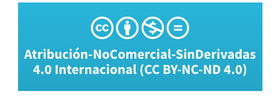
Si Occidente está haciendo tanto daño, ¿deberían los gobiernos occidentales incluso tratar de hacer más democrático al mundo? Si es así, ¿cómo? Después de todo, los factores locales son críticos para la democratización. Quizás nada de eso sea de nuestra incunvencia. Frecuentemente, los países se democratizan sin ningún impulso de fuera; más aún, muchas de las barreras clave a la democratización son difíciles de quitar o superar: las monarquías dinásticas petroleras, los países pobres con instituciones políticas débiles y los estados con partido único que logran un desempeño económico fuerte, son menos propensos a democratizarse. Sin embargo, los académico han mostrado que también los lazos con Occidente son cruciales en la democratización de cualquier tipo de país[4]. ¿Cómo, entonces, pueden los gobiernos occidentales maximizar las probabilidades de que un país dado se convierta genuinamente en democrático?

Hay tres enfoques generales que capturan el pensamiento relacionado con el fomento de la democracia occidental. Primero, no hagas nada y no te preocupes por la democracia en otros lados; trata igual a todos los países, sin importar su sistema político. Éste es el enfoque de la China autoritaria, pero esta política amoral tiene voces que la apoyan también en Occidente. Los defensores de esta política tienden a ver la expansión de la democracia como un interés secundario para Occidente, una distracción de lo que en realidad importa –seguridad, estabilidad y crecimiento económico–. Desde este enfoque, la política exterior se trata del fortalecimiento y la estabilidad mientras nos sean útiles –basado en los cálculos duros y fríos de la *realpolitik*–. Por necesidad, esos cálculos se enfocan, frecuentemente, en intereses de corto plazo. Haz lo que sea necesario y colabora con quien quiera colaborar contigo; los fines justifican los medios.

El segundo enfoque tiene ligeramente más tolerancia al fomento de la democracia. Se trata de promover la democracia únicamente cuando en el corto plazo es de interés geoestratégico para los gobiernos occidentales. Se exige democracia a los dictadores incómodos que Occidente ya detesta, pero se deja en paz a los dictadores 'amigos' –o por lo menos no los presiona agresivamente–. Desde este punto de vista, el mal espíritu dictatorial que conocemos es mucho mejor que el mal espíritu democrático que no conocemos. Se alienta a los paises que no son estratégicamente importantes para que se conviertan en democrácias porque en realidad no importa, pero se establece un estándar absurdamente bajo para que la mayoría pueda, por lo menos, alcanzar la meta menos importante y así atribuirse el ser democráticos y ser vitoreados por Occidente. Éste es el método actual que está fallando.

El tercer enfóque es fomentar la democracia como objetivo a largo plazo a todo lo ancho del globo, incluso si no es de interés inmediato a corto plazo para los Estados Unidos y sus aliados occidentales; se debe pensar a largo plazo. Ésto no significa invertir millones o miles de millones en proyectos quijotescos para democratizar rápidamente lugares con pocas probabilidades de cambiar, como Corea del Norte. Este enfoque tampoco significa que Occidente deba generar más guerras tontas, disfrazadas de supuestas aventuras para fomentar la democracia, como las que se tienen en Irak, Afganistán y recientemente en Libia. Lo que sí implica dicho enfoque es el aplicar

4 Levitsky, Steven y Lucan Way (2006). 'Linkage versus Leverage. Rethinking the International Dimension of Regime Change', *Comparative Politics*, 38(4), 379–400.



mucha mayor presión a los regímenes autoritarios, sean estratégicamente amigos o enemigos en cualquier momento político dado; significa respetar las elecciones, incluso si la gente de otro país elige libremente gobiernos que no son amistosos con Occidente; significa tomar hoy desiciones difíciles en vez de fáciles, con el fin de construir mañana un mundo próspero y seguro.

En este libro, defiendo este tercer enfoque, a la vez que demuestro cómo y porque la combinación de los dos primeros está haciendo al mundo más volátil, menos próspero y menos democrático.

En la última década, la mayoría de los gobiernos occidentales se ha limitado a minimizar los riesgos cuando trata con gobiernos no democráticos.

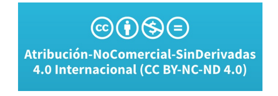
Ésto es verdad incluso con terribles tiranos, mientras estén dispuestos a trabajar con Occidente. En el nombre de la estabilidad, la seguridad y el interés económico propio, los Estados Unidos y sus aliados occidentales han colaborado en repetidas ocaciones, para crear una coexistencia incómoda, con dictadores, déspotas, y falsos demócratas, desde poderosos reinos como el de Arabia Saudita hasta regímenes, menos amenazantes, estancados entre la dictadura y la democracia, esparcidos por todo el África sub-sahariana, el sudeste asiático, Centroamérica y en otros lugares[5]. En la mayoría de los países, el fomento de la democracia se realiza a medias tintas, enfocado más hacia reformas superficiales que a minar al autoritarismo mismo.

El problema con ésto es simple: no está sirviendo. Hoy, no solo tenemos un mundo menos democrático sino uno más inestable. Los regímenes autoritarios proyectan una imagen de estabilidad, pero eventualmente tienden a colapsarse catastróficamente. La democracia puede ser riesgosa y volátil, pero tiene mecanismos que resuelven los conflictos internos y una válvula de escape que ayuda a prevenir la violencia y el caos. Si no se hace nada y Occidente permanece cómplice del despotismo, tal vez hayamos llegado al pico máximo de democracia. No es demasiado tarde y la tendencia puede ser revertida; si no es así, la democracia global permanecerá en riesgo, el crecimiento económico continuará con un pobre desempeño y la seguridad de Occidente estará amenazada aún más.

Hay dos formas en la que Occidente ayuda a los déspotas. La primera consiste en generar, por mera conveniencia estratégica, una relación deliberadamente cercana con algún régimen no democrático. A esta forma la llamo el "efecto saudita", por el cual Hillary Clinton se expresaba tan bien de la cruel familia real saudí o, en Egipto, llamaba inequívocamente al déspota autoritario Hosni Mubarak y a su esposa "amigos de mi familia"[6]. Por la misma razón, Tony Blair ha llamado al déspota ruandés, Paul Kagame, "lider visionario" y Barack Obama organizó una cena para el presidente de Guinea Ecuatorial Teodoro Obiand, quien ha gobernado con puño de acero por treinta y siete años como "el dios del país", reclamando "todo el poder sobre los hombres y las cosas".

La segunda manera en la que Occidente ayuda y solapa a los déspotas surge del irrisorio bajo estándar establecido para las falsas democracias, lo que crea un incentivo contraproducente, en los líderes cínicos, pare hacer sólo lo mínimo –aparentar ser democrático–. Ésto permite a los

5 Carothers, Thomas (2003). 'Promoting Democracy and Fighting Terror', *Foreign A airs*, 82(1), 84–97.
6 Diehl, Jackson (2011). 'Can the U.S. Get on the Right Side in Egypt?', *TheWashington Post*, 28 January 2011, http://www.washingtonpost.com/ wp-dyn/content/article/2011/01/27/AR2011012707456.html, last accessed 4 March 2016.



gobiernos de Occidente aceptar con profundo asombro las falsas democracias, lo que hace que colaboren con ellas con la consciencia aparentemente tranquila. A ésta la llamo el "efecto Madagascar" o "la maldición de las bajas espectativas".

Hace tres años, estaba en Madagascar buscando señales de democracia. La mayoría de los investigadores vienen a la isla para estudiar a sus adorables lémures; muy pocos vienen a explorar el hábitat de sus políticos predadores. Sin embargo, fui atraído a este enigmático lugar debido a su rara batalla con la democracia. En 2009, algo excepcionalmente bizarro ocurrió en un país donde la política es, cotidianamente, más rara que la ficción. El presidente electo, Marc Ravalomanana –un poderoso magnate del yogourt– fue derrocado en un golpe de estado perpetrado por Andry Rajoelina, un disc jockey de la radio de 34 años. Los gobiernos de Occidente hicieron lo adecuado inmediatamente después del golpe, pusieron una presión inmensa sobre el nuevo gobierno con el fin de regresar la democracia; sin embargo, la presión no fue suficiente y se hizo evidente que el joven presidente tenía más experiencia para girar las tornamesas que para gobernar una isla de 23 millones de personas.

Madagascar ha sido y es uno de los paíse más pobres del mundo. Después del golpe, la pobreza se profundizó, dejando a 9 de cada 10 isleños viviendo con menos de dos dólares al día[7]. Pareciera que para los pobres de Madagascar, cuando no les llueve, les llovizna. Poderosos ciclones del oceano Índico destruyeron repetidamente los ya deteriorados caminos y se llevaron los débiles puentes. La peste bubónica regresó a la isla, el único lugar sobre la Tierra donde los casos de la muerte negra medieval son comunes en pleno siglo XXI. Para añadirle drama bíblico a los años posteriores al golpe de estado, los enjambres de langostas se hicieron tan grandes mientras deboraban los cultivos de la isla que hubo días en que bloqueaban completamente la luz del sol[8]. Millones cayeron en la hambruna y otros millones permanecieron en riesgo. Como si los desastres naturales no fueran suficiente para extender la miseria, entre la constante falta de estado de derecho, milicias fuertemente armadas con lanza granadas convirtieron el robo de ganado en una industria que exportaba miles de cabezas de ganado zebú y asesinaba a cientos de pobladores durante sus asaltos[9].

El disc jockey y hombre fuerte de Madagascar fracasó en atender y solucionar estos problemas, apesar de haber clamado victoria en todos los frentes. Sus fracasos serían de risa si no fueran tan trágicos. Nunca olvidaré ver las repentinas celebraciones en las calles de Antananarivo, una de las capitales más olvidadas del mundo, cuando el presidente declaró, en junio del 2012, que el gobierno tenía el control en la lucha contra de las milicias que robaban ganado, pues habían capturado, finalmente, al brujo de los bandidos. Con mucha fanfarria, el presidente destruyó, en transmisión televisiva nacional, los muchos "objetos diabólicos" del brujo. El quemar los talismanes representó una rara victoria para las fallidas políticas públicas del gobierno. Por

7 World Bank (2013). 'Madagascar: Measuring the Impact of the Political Crisis', http://www.worldbank.org/en/news/feature/2013/06/05/ madagascar-measuring-the-impact-of-the-political-crisis, accesado por última vez el 16 de diciembre de 2015.

8 Holland, Jennifer S. (2014). 'Locusts Eat the Crops Of Madagascar— and Each Other, Too', *National Public Radio*, 3 September 2014, http://www.npr.org/sections/goatsandsoda/2014/09/03/34525 8382/locusts-eat-the-crops-of-madagascar-and-each-other-too, accesado por última vez el 17 de marzo de 2016.

9 *Indian Ocean Times* (n.d.). 'Madagascar: 3,572 zebus stolen between May and April 2014 by the dahalo', http://en.indian-ocean-times. com/Madagascar-3–572-zebus-stolen-between-April–and-May– 2014-by-the-dahalo_a3763.html, accesado por última vez el 7 de enero de 2016. Véase también Amnesty International (2012). 'Madagascar Must End Mass Killings and Investigate Security Forces', 20 November 2012, https://www. amnesty.org/en/latest/news/2012/11/madagascar-must-end-mass-kill- ings-and-investigate-security-forces/, accesado por última vez el 7 de enero de 2016.



supuesto que no creo en las ilusiones de brujos y magia, pero ciertas ilusiones parecen reales en la retórica de Occidente, como el tipo de prestidigitación que le permite a Madagascar ser vista como una democracia, cuando ciertamente no lo es. En repetidas ocaciones, el Occidente ha afirmado creer que los "reformistas" van rumbo a la democracia, mientras que esos mismos "reformistas" hacen todo lo posible para socavar la democracia cada vez que choca con su búsqueda de poder. Cuando ésto ocurre, los genuinos demócratas caen victimas de los esfuerzos, entendibles pero contraproducentes, que terminan reafirmando al despotismo.

El efecto Madagascar me fue claro casi de inmediato. En la primera de las varias visitas que hice a la isla, me reuní con el lider de uno de los partidos políticos de Madagascar, quien se presentó como el salvador de la isla, como una bocanada de aire fresco al estilo occidental que alejaría el humo de talismanes quemados y lo reemplazaría con un gobierno más racional, más efectivo y que gobernaría con mentalidad liberal.

"*A diferencia de otros partidos políticos*", me dijo, "*nosotros somo un partido de valores*".

"*¡Muy bien!*" respondí, "*¿cuáles son esos valores?*"

El pánico se reflejó en su rostro; un momento después, recobró su compostura.

"*¡Alguien de ustedes, vaya a traer los valores para el estadounidense!*" ordenó y dijo, "*dejé los valores en el auto*".

Al parecer, había una libreta empolvada y arrumbada en la guantera de un auto elegante llena de valores occidentales prístinos en espera de ser leídos. Nunca pude estar seguro ya que cambió rápidamente de tema, con la esperanza de que me olvidaría del asunto.

Es dificil imaginar que esta postura poco profesional engañe a alguien. Sin embargo, los estándares democráticos occidentales son tan bajos para la mayor parte del mundo que con infladas promesas de reformas democráticas y acción superficial es suficiente para aligerar las fuertes presiones políticas en contra de una falsa democracia. En muchas ocasiones, las falsas democracias logran hacerse pasar por verdaderas democracias, de la misma manera en la que un billete falso de 20 dólares puede engañar a un cajero adolecente y distraído en cualquier gasolinería.

Madagascar se benefició de las bajísimas expectativas de Occidente cuando se realizaron las elecciones de 2013, las primeras desde el golpe de estado en 2009. Las elecciones fueron vendidas por los diplomáticos occidentales como la oprtunidad para la isla de regresar al seno de las naciones democráticas. Sin embargo, Madagascar jamás ha sido más que un cartucho vacío para la democracia. Estos comicios no fueron distintos. Como observador electoral, ví de primera mano la desagradable gama de fallas y defectos electorales; la palabra "democrático" se encuentra lejos de la lista de adjetivos que usaría para describir eso que ví: fondos ilegales fueron canalizados al candidato favorito; varios millones de personas fueron excluidos de la lista nominal de votantes; y todo esto se llevó al cabo en un ambiente político tóxico, caracterizado por una analista, con quien hablé, como "un lugar donde los políticos opositores a veces 'se caían de las escaleras', pero curiosamente en la caída perdían todas sus uñas"[10].

10 Ffooks, John (2012). Lawyer and Political Analyst. Personal interview, 14 September 2012, Antananarivo, Madagascar.

Aún así, en menos de unas horas, los diplomáticos se arrebataban la palabra, tratando de superar a los otros con alagos para los comicios, cuando apenas se habían contado algunos miles de boletas; pero eso no les importó. “Libre y justo”, dijo uno; “libre, transparente y creíble”, otro añadió; “libre y transparente, reflejó la voluntad popular”, asentó un tercero[11]. Incluso para aquellos que sabían muy bien que ésto no era una democracia fue más facil aceptar este paso hacia la estabilidad que generar mayor volatilidad al dar un paso significativo –aunque más dificil– hacia la verdadera democracia.

La mayoría, si no todos, de estos diplomáticos occidentales, junto con todos sus equipos, creen en la democracia y todos ellos son personas bien intencionadas; sin embargo, estoy seguro que cada uno de estos diplomáticos ‘porristas’ estaba consciente de los defectos de la elección, pero eso no les importó. El adjetivar al país como democrático, mientras se ocultaban bajo el tapete a las redes no democráticas, era solamente una conveniencia política. Madagascar había superado el bajo estándar de Occidente; se le permitió de nuevo lucir la placa de democracia con orgullo en la escena internacional. De alguna forma, Madagascar nos convenció.

Sin embargo, desde la elección, Madagascar se ha vuelto menos, no más, democrático. No había pasado ni un año de la toma de posesión del presidente electo cuando ya había un general de vuelta en el poder, tal y como ha sucedido tantas veces en la historia de Madagascar –aunque esta vez como primer ministro en vez de como presidente–. Ésto difícilmente era una sorpresa; las élites políticas de Madagascar, al ser aprobadas por nada en sus elecciones, tenían muy pocas razones para aceptar la democracia más de lo necesario, gozando del poder en vez de la política efectiva, de la ambición en lugar de gobernar. A déspotas criminales se les permite mantener secuestrada a la población, atada a la miseria económica y a la indefensión política. Madagascar quizás sea una isla, pero no está sola en este frente. Alrededor del planeta, las democracias falsas pasan cotidianamente como verdaderas; cuando lo hacen, la democracia retrocede y el mundo se vuelve un poco más hacia el domino autoritario.

Ésto es claramente un problema, pero es sólo parte del problema. El efecto árabe saudita es una forma más insidiosa de apoyo de Occidente a las dictaduras y falsas democracias alrededor del mundo, donde la política exterior, que es cómplice conocido de las actividades de los déspotas, se intensifica para convertirse en cómplice de la opresión. En esos casos, el problema es menos sobre los estándares bajos establecidos por Occidente y más sobre un sistema que deliberadamente procura relaciones amistosas con dictadores para mejorar los intereses de Occidente, tales como estabilidad o crecimiento económico. Sencillamente, Occidente cierra los ojos ante el despiadado autoritarismo a cambio de lealtad en regiones estratégicas importantes. Al ayudar a los déspotas a sostener su control del poder, Occidente debilita a los nascientes y débiles movimientos en favor de reformas democráticas. Este daño colateral es una de las mayores razones del declive reciente de la democracia.

Esta desafortunada realidad no concuerda con la retórica optimista de los líderes occidentales. En junio del 2009, el Presidente Obama dió, en el Cairo, un discurso memorable en el que resaltó el compromiso de los Estados Unidos con la democracia en el Medio Oriente. No podía estar más de acuerdo con la mayoría del discurso, particulamente con el siguiente fragmento:

11 *BBC News* (2013). ‘Madagascar Election is Free and Fair, Observers Say’, 27 October 2013, http://www.bbc.com/news/world-africa-2469 4421, accesado por última vez el 8 de enero de 2016.

"*Sin embargo, tengo la inquebrantable creencia de que las personas anhelamos ciertas cosas: poder de decir lo que piensamos e influir en la manera en que somos gobernados; confiar en el estado de derecho y en la administración equitativa de la justicia; un gobierno transparente y que no nos robe; la libertad de vivir como queramos. Éstas no son ideas estadounidenses únicamente, sino que son derechos humanos; por éso las apoyaremos en todas partes*"[12].

Como el hombre más poderoso del gobierno más poderoso del planeta, el Presidente Obama tuvo la oportunidad de poner en práctica dichas ideas; fue una oportunidad perdida que se reflejó cláramente cuando las multitudes se reunieron en la plaza Tahrir en 2011, a unos cuantos kilómetros de donde Obama habló.

A menos de dos meses antes de la recién nacida esperanza de la Primavera árabe de que la democracia podría hechar raices en un Medio oriente obstinadamente dictatorial, los Estados Unidos –los autoproclamados 'democracia modelo'– anunciaron la venta de armas más grande de la historia; el contrato de 60 mil millones de dolares envió 12,667 misiles, 18,350 bombas, 190 helicópteros de ataque y 84 aviones de combate F-15 a medio mundo de distancia[13]. Las dichas armas de guerra no estaban destinadas a algún aliado democrático; ni siquiera se dirigían a algún país que pretendiera ser democrático o que aspirara a serlo, sino que fueron envueltas y entregadas para asegurar la supervivencia de una de las pocas monarquías sobrevivientes del mundo y uno de los estados más despiadados: el reino de Arabia Saudita. El trato fue anunciado durante la tormenta mediática previa a las elecciones de medio término de 2010 en los Estados Unidos, una táctica utilizada frecuentemente (en la democracia más poderosa del planeta, nada menos) para evitar el debate público –una de las piedras angulares de la democracia–. Algunos, en la administración del Presidente Obama, estaban deseosos de evitar discutir la conveniencia de venderle tanto poder militar a un reino tan lejos en la península arábiga. Apesar del momento engañoso, sus defensores en el sistema de la política exterior no encontraron ninguna causa de preocupación; mientras que el reino permaneciera estable y la familia real viera a los Estados Unidos como amigo y no como enemigo, ¿cuál es el problema? Dotarlos de capacidad de fuego estaba bien mientras lo usen contra los enemigos comunes y no contra nosotros.

Desafortunadamente, Arabia Saudita utiliza ese poder de fuego más frecuentemente como una forma de disipar la disidencia y los obstáculos internos. Arabia Saudita tiene uno de los gobiernos más opresivos del mundo y compite por esa penosa etiqueta con países como Corea del Norte, Guinea Ecuatorial, Eritrea, Uzbekistán y Turkmenistán –difícilmente, un grupo selecto–. Mucha gente está consciente de los abusos corrientes en Arabia Saudita: a los ladrones se les corta las manos; a las mujeres se les tiene prohibido conducir; y el adulterio aún puede ser castigado con la muerte por lapidación. Sin embargo, lo que se conoce poco es el grado en el cual Estados Unidos ha documentado las atrocidades contra los derechos humanos y la violencia perpetrada contra los promotores de la democracia –mientras es, al mismo tiempo, el principal patrocinador de la familia real Saudí–. Las armas y el dinero occidentales a cambio de petróleo saudí ayudan a que el reino se mantenga como tal.

---

12 *The New York Times* (2009). 'Text: Obama's Speech in Cairo', 4 June 2009, http://www.nytimes.com/2009/06/04/us/politics/04obama. text.html?_r=0, accesado por última vez el 24 de marzo de 2016.

13 Center for Strategic and International Studies (2015). 'Military Spending and Arms Sales in the Gulf', Washington, DC: CSIS, 28 April 2015. Véase también: Blanchard, Christopher (2016). 'Saudi Arabia: Back- ground and U.S. Relations', Congressional Research Service, 22 April 2016, https://www.fas.org/sgp/crs/mideast/RL33533.pdf, accesado por última vez el 19 de febrero de 2016.

Como resultado de esta ayuda, Occidente –y en particular los Estados unidos– deberían por lo menos tener un apalancamiento suficiente para forzar reformas en este régimen medieval. De hecho, Estados Unidos ha utilizado exitosamente esa ayuda en el pasado; el Presidente John F. Kennedy insitía que la sociedad saudita-estadounidense podría seguir siendo cercana únicamente si Arabia Saudita aboliese la esclavitud (la cual fue abolida en los Estados Unidos hace noventa y nueve años)[14]. El rey aceptó renuentemente. Ésto fue en 1962 –ya existían la TV a color, los Beatles, la crema sin lactosa y los implantes para los pechos femeninos–. Por supuesto, para el liderazgo ultra conservador Saudita, en los 60s, los implantes y los Beatles habrían provocado un escándalo mayor que la esclavitud.

Desde 1962, la palanca de Occidente no ha sido utilizada de manera significativa para respaldar a la democracia o disminuir los abusos a los derechos humanos en Arabia Saudita. De hecho, mientras uno de los brazos del gobierno hacía los preparativos finales de la venta más grande de armas en la historia, otro brazo –el Departamento de Estado– estaba ocupado escribiendo un reporte sobre las decapitaciones, flagelaciones y abuso de ese mismo gobierno. Tres semanas antes de que se anunciara la compra-venta de armas, un reporte señaló que dos niños de tercer grado en el pueblo del antiguo oasis de Qatif, en el Golfo Pérsico, fueron sentenciados a “seis meses en prisión y a 120 latigazos, por robar las hojas de un examen”[15]. Al mismo tiempo, algunos reportes mostraban que una inmigrante de 17 años de edad, que trabajaba como mucama para la élite saudita, había sido torturada: le cortaron los labios con unas tijeras y le quemaron la espalda repetidas veces con una plancha[16]. El gobierno jamás castigó a los responsables; únicamente pagaron una pequeña multa.

Esta “indulgencia laxa” en el sistema de justicia criminal del reino no se aplica a los crímenes que supuestamente quebrantan los códigos sagrados del Islam Wahhabi más puritano que se aplica en el país (y que se exporta alrededor del mundo a través de la política exterior saudita, para el regocijo de los extremistas y potenciales terroristas). Quebrantar la ley en el reino es peligroso. Docenas, y ocacionalmente centenas, de veces al año, se representa públicamente un teatro macabro de lo absurdo en las calles sauditas; el protagonista es el culpable de algo diferente cada vez: desconocimiento del Islam, homosexualidad, consumo de drogas ilegales o practica de “brujería” incluso; pero no importa, cada protagonista, en este cuento medieval, encuentra predeciblemente su trágico final. Un hombre vestido de blanco se acerca al prisionero en la calle y a plena vista de todos; entonces, al prisionero, con los ojos vendados, se le tranquiliza y se le coloca sobre un tapete de plástico, para contener la inevitable sangría; luego, el verdugo le corta el cuello con una espada curva y larga, separando la cabeza del cuerpo. El epílogo a la decapitación es, por lo general, el mismo: se recoge la cabeza, se pone en una bolsa y se le deja colgando al lado del cuerpo[17]. Los restos son clavados a una cruz como recordatorio público de que no deben

---

14 Kaphle, Anup (2015). ‘13 Times U.S. Presidents and Saudi Kings Have Met’, *The Washington Post*, 27 January 2015, https://www.washington- post.com/news/worldviews/wp/2015/01/27/13-times-u-s-presi- dents-and-saudi-kings-have-met/, accesado por última vez el 7 de enero de 2016.

15 US State Department (2011). ‘Saudi Arabia: 2010 Country Reports on Human Rights Practices’, p. 4, http://www.state.gov/j/drl/rls/ hrrpt/2010/, accesado por última vez el 7 de enero de 2016.

16 *The Telegraph* (2010). ‘Indonesian Maid has Lips Cut Off by Employer,’ 23 November 2010, http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/ asia/indonesia/8154287/Indonesian-maid-has-lips-cut-o -by-employer. html, accesado por última vez el 7 de enero de 2016.

17 Donaghy, Rori (2015). ‘Rare Footage Shows Public Beheadings in Saudi Arabia,’ *Middle East Eye*, 7 November 2015, http://www.middleeast- eye.net/news/rare-footage-shows-public-beheadings-saudi-ara- bia-318277846, accesado por última vez el 7 de enero de 2016.



crucificar a los reyes ni a las princesas que gobiernan Arabia Saudita con puño de acero –fundido principalmente en las armerías de Occidente–.

Éste es unos de los aliados más cercanos de Occidente.

En noviembre de 2010, cuando a la joven mucama, Sumiati Binti Mustapa, le cortaron los labios con tijeras, ocurrieron muchas decapitaciones públicas. ¿Cómo respondió Occidente a dichos horrores? Con mucha cautela y pragmatismo manteniendo el *status quo*. Ésto es comprensible pero engañoso en última instancia. Es un ejemplo que muestra la razón por la cual impulsar a la democracia es tan dificil y peligroso. Soy el primero en admitir que el prospecto de una Arabia Saudita democrática es escalofriante. El pueblo es ciertamente más antioccidental que la familia real, por lo que es absolutamente verdadero que una Arabia Saudita democrática podría ser un desastre para los intereses de Occidente en la región; sin embargo, la cercanísima alianza es insostenible a largo plazo. Si continuamos apoyando a los reyes despiadados de Riad, será mucho peor para Occidente cuando el régimen de Arabia Saudita, eventualmente, colapse.

Para asegurarse que dicho colapso no sucediera pronto, en el mismo mes en el que las decapitaciones y el horrible abuso de la mucama ocurrieron, los Estados Unidos vendieron al reino otros 150 misiles antitanques *Javelin*, como un comentario añadido a la exitosa venta de bombas, helicópteros y aviones de octubre[18]; todo como de costumbre.

Sin embargo, un mes después, algo notable sucedió a un poco más de 3,200 kilómetros de las abrazadoras calles de Riad. En Tunez, un humilde vendedor de verduras, quien ya no podía vivir bajo la dictadura, se prendió fuego. Esa chispa, literalmente, encendió a todo el Medio Oriente, un bastión de regímenes autoritarios despiadados pero estables. Un hombre puso en marcha una cadena de eventos que evidenciaron la incómoda hipocresía de las relaciones de Occidente en la región por lo que en realidad eran: vituperaban escandalosamente a la democracia mientras que consentían, discretamente bajo la mesa, a las dictaduras; al mismo tiempo, reyes, emires y déspotas, presumían llenos de orgullo su aparente invencibilidad.

Pronto, el presidente de Tunez, Zine El Abidine Be Ali –un importante déspota aliado de Occidente en el norte de África– fue derrocado en enero de 2011; tan pronto cayó, el llamado por el cambio se extendió a la plaza Tahrir del Cairo. Eventualmente, las protestas se volvieron demasiado ruidosas, demasiado visibles y demadiado democráticas para ser ignoradas por Occidente. Para muchas élites en las democracias occidentales, sus corazones estaban con los manifestantes, pero sus cínicas y pragmáticas mentes se alinearon con los dictadores.

Aquí es cuando las cosas se pusieron interesantes. El incipiente alboroto democrático era un reto sin precedente para el déspota egipcio. Aún así, para el precavido Occidente, el prospecto de una incertidumbre democrática era aterrador. Sin embargo, poco a poco, una idea seductora se fue infiltrando silenciosamente en los círculos de política internacional: quizás, sólo quizás, los demócratas pudieran ganar, derrocando a Hosni Mubarak de su trono faraónico. Atrapado entre décadas de esperanzadora y excelsa retórica por un lado y la dura realidad de la política internacional, la clase politica occidental esperó y observó para determinar al trunfador antes de apoyarlo. Para febrero del 2011, era claro que Mubarak iba a perder.

18 Blanchard (2016).

Esta revelación llegó, extrañamente, con una estampida de camellos. Los televidentes, alrdedor del mundo, vieron en vivo como, en un área tan avanzada tecnológicamente que imágenes de la plaza del Cairo repleta fueron transmitidas alrededor del mundo por satélites flotando a miles de kilómetros sobre la Tierra, los partidarios del régimen imitaban las páginas gloriosas de sus predecesores otomanos, hace ya mucho fallecidos, y trataban, infructuosamente, de desalojar a los manifestantes cabalgando sobre las jorobas de sus confusos camellos[19]. Los rufianes agitaron sus bastones y palos, una metáfora muy apropiada con respecto a lo anticuadas que comienzan a verse en el Medio oriente las dictaduras en pleno siglo XXI. Los manifestantes no se dejaron intimidar y los rufianes en camello terminaron retirándose sigilosamente. Los cánticos de los manifestantes que expresaban el deseo de cambio se siguieron escuchando: *¡Ash-shab yurid isqat an-nizam!* (¡el pueblo quiere derribar al régimen!).

Efectivamente, derrocaron a Mubarak; pero las protestas en la plaza Tahrir no trataban de reemplazar a un déspota con otro. Éstas trataban de sustituir a un déspota con cuadros de demócratas; para el Medio oriente, este admirable objetivo era un terreno inexplorado. A los ojos de los Estado Unidos y sus aliados occidentales –los principales bastiones de la democracia– el “terreno democrático inexplorado” era un riesgo y un peligro. Como resultado, Occidente recibió el cambio democrático en Egipto más con la aceptación renuente pero inevitable del incómodo pariente político que con el recibimiento gustoso reservado para un hermano.

Quizás, al principio, Occidente haya apoyado tibiamente, en el mejor de los casos, a la democracia egipcia, pero los sauditas socavaron las últimas esperanzas de Occidente en una potencia democrática árabe de mayor importancia en la región. Sin embargo, Occidente eligió nuevamente el camino seguro. El mismo día, en vez de expresar su molestia con el reino saudita por dañar las metas de la política exterior estadounidense, los Esrados Unidos redoblaron su hipócrita relación; el gobierno de los EEUU anunció la venta de un navío de operaciones especiales a Arabia Saudita por mil doscientos millones de dólares[20]. Tres semanas después, Raif Badawi, un bloguero saudita pro-democracia que pedía reformas seculares y liberales, fue sentenciado a siete años de prisión y a 600 latigazos. Seis meses después, su sentencia se incrementó a diez años en prisión y a mil latigazos[21]. Tal vez deba enfrentar aún la amenaza de la decapitación por “abandonar el Islam”, un castigo por decir lo que piensas que termina por cercenarte la cabeza. Éste es el “effecto” Saudita an acción.

A diferencia de muchos blogueros pro-democracia sauditas, Occidente aún conserva su cabeza intacta, aunque claramente tenga dos visiones sobre este tema; el procurar a veces la democracia y en otras la estabilidad termina por no conseguir ninguna de las dos. Durante la primavera árabe (y hasta el día de hoy), los gobiernos occidentales (y particularmente el estadounidense) se aliaron con dos regímenes que no sólo no son democráticos, sino que activamente se oponían a la democracia. Uno, una autocracia de avanzada (Egipto) que ha derrocado a un presidente democráticamente electo, en favor de un gobierno militar, y que ha recibido, a cambio, millones de dólares de Occidente. El otro, un reino (Arabia Saudita) que aplastó las protestas democráticas en Qatif (donde los niños de tercer grado habían sido azotados por tratar de hacer trampa en un

19 Shokr, Ahmad (2011). ‘The 18 Days of Tahrir’, *Middle East Report*, 258, 14–19.
20 Blanchard (2016).
21 Burke, Jason (2015). ‘Saudi Blogger Raif Badawi May Receive Second Set of Lashes on Friday,’ *The Guardian*, 11 June 2015, http://www. theguardian.com/world/2015/jun/11/saudi-blogger-raif-badawi-next- lashes-friday, accesado por última vez el 4 de february de 2016.



examen) durante la primavera árabe y que luego se aseguró de que la democracia en Egipto también fuera derrocada definitivamente; como recompensa, el reino acordó compras de miles de millones de dólares más en armas y recibió apoyo diplomático más firme de Occidente.

Las mentes pragmáticas y cortoplacistas baten los corazones democráticos en Occidente. Los realistas derrotaron a los reformistas. Quizás, ése era el camino que aseguraba la estabilidad; sin embargo, ¿cuánto tiempo puede uno controlar un sistema medieval despótico que descansa sobre las bases claras de una economía muy dañada y de una represión autoritaria que cada vez más es rechazada por su propio pueblo? Debido a los bajos precios internacionales del petróleo, Arabia Saudita ha comenzado a estresarse y los analistas hablan ya de la inminente caída del régimen. Mientras tanto, la familia real Wahhabista exporta el terrorismo, que se ha extendido en Europa y en Estados Unidos[22]. Con un frágil déspota militar al mando, Egipto no está mejor; así, nos hemos quedado con una bomba de tiempo.

El efecto saudita implica el apoyo activo a regímenes dictatoriales estratégicamente impotantes, en la consecución de agendas que compiten entre ellas y que no priorizan la democracia. El efecto Madagascar implica impulsar a la democracia en regímenes estratégicamente menos importantes, aunque solamente presionándolos para despejar el nivel embarazosamente bajo de la calidad democrática. Ambos fenómenos son causas del decaimiento de la democracia en el siglo XXI; nos ayudan a explicar como y porque los campeones de la democracia en el mundo son también cómplices del daño a ésta.

Este libro no es, ciertamente, una diatriba antioccidental ni un cuento de teoría de la conspiración. Occidente ha sido, hasta hace muy poco, la única fuerza internacional en el mundo que activamente ha promovido la democracia; es el único grupo de naciones que invierte sus recursos limitados en este admirable objetivo, lo cual es notable, encomiable y bien intencionado. Ciertamente, los esfuerzos de Occidente han dado frutos frecuentemente: Japón, Alemania y Corea del Sur son democracias debido, por lo menos en parte, al apoyo crucial y generoso de Occidente; la política exterior de Occidente ha ayudado a que la democracia floresca en partes de África y en la mayor parte de Europa oriental –regiones que han estado bajo el yugo de tiranías a lo largo de la mayor parte de su historia–. Más recientemente, los gobiernos occidentales han impulsado el avance democrático en países tan diversos como Ghana, Estonia, Mongolia y Túnez. Así que en vez de criticar a Occidente, este libro se enfoca en como Occidente puede hacer un mayor bien, mientras que reconoce la existencia de sus esfuerzos para promover y apoyar a la democracia en todo el mundo. Sin embargo, las mismas fuerzas que respaldan a la democracia en Occidente están fracasando en su intento por hacer al mundo más democrático –a veces por diseño, ya que otras prioridades se consideran más importantes, y otras veces se debe a que los estándares occidentales con respecto a la democracia en otros países es demaciado bajo, donde “éso es suficiente para ellos” no es sinónimo a “éso es suficiente para nosotros”–.

No creo que el combatir a la democracia sea el objetivo principal en ninguno de los casos. No hay ninguna conspiración, sino realidades de política exterior complejas, caóticas y a veces contradictorias. No es fácil lidiar ni con dictadores, ni con falsos demócratas, ni con democracias frágiles. Cada interacción está llena de peligros. Para sortear estas complejidades, hay toda una industria occidental de apoyo a la democracia –la cual tiene sus fracasos compartidos–, pero que,

22 Valentine, Simon Ross (2015). *Force and Fanaticism:Wahhabism in Saudi Arabia and Beyond*, Oxford: Oxford University Press.



sin embargo, está formada por gente bien intencionada y trabajadora que trata de que la democracia germine tanto a lo largo del suelo árido de la dictadura como en el suelo movedizo que se encuentra entre la dictadura y la democracia.

Deberíamos valorar a estos especialistas y a su trabajo, aunque necesiten más ayuda. Muy a menudo, los millones gastados en apoyar a ras de piso a las democracias de mala calidad son traducidos en algo casi insignificante, entorpecidos por las agendas diplomáticas de alto nivel que frecuentemente ponen en peligro a la democracia. ¿Qué esperamos al gastar millones en programas que aseguren a las mujeres su representación en el parlamento jordano, si al mismo tiempo el Occidente ayuda a mantener al parlamento como marioneta del Rey? Al mismo tiempo que se desembolsan millones para la 'democracia' jordana, los gobiernos occidentales inyectan miles de millones de dólares en armas que aseguran la supervivencia de la monarquía jordana aliada. Los tecnócratas enseñan a las mujeres cómo ser electas a un parlamento ficticio, mientras los sonrientes presidentes occidentales posan para la foto con el rey Abdullah II. El apoyo de alto nivel al reino daña el apoyo y entrenamiento técnicos al nivel más básico; las agendas descoordinadas y contradictorias condenan a la democracia al fracaso.

Hay un caso, en la historia reciente, muy notorio en el cual la diplomacia de alto nivel y el apoyo local de bajo nivel han confluido juntos: Túnez (a partir de la primavera árabe). ¿Cuál fue el resultado? El país recibió el Premio Nobel de la Paz en el 2015 debido a su éxito democrático –Túnez fue el único país árabe donde la democracia hechó raíces[23]–. Por supuesto, no hay ninguna garantía de que Túnez permanezca siendo una democracia, particularmente con las muchas amenazas que van de problemas económicos a ataques terroristas. Sin embargo, el ejemplo tunecino muestra lo que es posible en paises donde el liderato local está dispuesto a democratizarse y deseoso de trabajar conjuntamente con los presidentes y diplomáticos de Occidente, quienes coordinan sus esfuerzos con el apoyo técnico a nivel de campo.

Si la democracia es posible en paises como Túnez, ¿por qué el Occidente actúa tan frecuentemente como cómplice de los déspotas? No hay una respuesta sencilla. Estas preguntas son difíciles; incluso los diplomáticos bien intencionados que creen firmemente en la democracia y que esperan promoverla en el extranjero son forzados a considerar serios equilibrios. Por ejemplo, ¿cómo debían los Estados Unidos haber interactuado con el gobierno militar de Pakistán en el 2002, cuando la cooperación de la inteligencia pakistaní era vista como esencial en la lucha contra el Talibán y en la búsqueda de Osama Bin Laden? El congraciarse con un régimen militar brutal y golpista es un asunto desagradable, como también lo era la perspectiva de tomar el camino libre y correcto hacia la democracia: ignorar al gobierno militar y permitir, lo más probable, que los asesinos responsables del 11 de septiembre escaparan libres. El apoyo irrestricto a los principios democráticos –sin importar los costos– puede ser tan dañino como extenderle la mano a la dictadura mientras pretendemos no ver.

Para hacer al mundo más democrático, se require enfrentar sitaciones dificiles con una actitud cuidadosa y responsable. La apuesta no podría ser más riesgosa. Fallar en ésto no solo continuaría haciendo al mundo menos democrático sino podría hacer que el mundo sufriera más terrorismo,

23 Klaas, Brian (2015). 'Why Tunisia Absolutely, Totally Deserves the Nobel Peace Prize', *Foreign Policy*, 9 October 2015, http://foreign- policy.com/2015/10/09/why-tunisia-absolutely-totally-deserves-the- nobel-peace-prize/, accesado por última vez el 7 de febrero de 2016.



guerra, o volatilidad política innecesaria. Sin embargo, en este libro, hago mi mejor esfuerzo por responder preguntas profundamente difíciles pero cruciales.

¿Es el mal que conocemos menos malo que el mal que desconocemos? ¿Occidente es responsable, al menos en parte, de la crisis de la democracia y del retroceso democrático en la última década? ¿La democracia puede extenderse por la fuerza? ¿Cómo debemos lidiar con países que serían fervientemente más antioccidentales si se democratizaran? ¿Deberíamos proporcionar a los dictadores todas las garantías para que dejen el poder mientras soportamos el daño a nuestro sentido de justicia al hacerlo? ¿Podría la tecnología digital ser un arma contra los déspotas y dictadores? Y más importante, ¿que se puede hacer diferente para revertir la tendencia actual y regresar al resurgimiento global de la democracia?

Éstas son preguntas muy amplias, repletas de consideraciones morales y estratégicas. Sin embargo, pienso responderlas investigando alrededor del mundo –lo que me ha llevado a lugares tan diversos como las villas mediterráneas de Tunez, las ajetreadas calles del Bangkok, la Minsk post-soviética, y la próspera Abidjan en el África occidental de la postguerra–.

Después de años de haber estudiado la democracia y el despotismo, tanto en África, Asia, Oriente medio y en Europa oriental, y de cientos de entrevistas con políticos, diplomáticos, militares, golpistas, rebeldes, periodistas y académicos, estoy convencido de que las respuestas fáciles no existen. Los ideólogos que aseguran tenerlas no ayudan; sin embargo, he aprendido, con toda certeza, que la democracia –la verdadera democrcia– no es solamente admirable, sino que hace al mundo más próspero, seguro y estable.

Encuentro muy dificil tolerar el hecho de que los blogueros sauditas deberían resignarse a ser azotados o, incluso, a ser decapitados por decir lo que piensan, simplemente porque el gobierno es un aliado estratégico de Occidente. Sin embargo, también creo firmemente que la política exterior de Occidente debe avanzar los intereses propios de Occidente. En este libro, argumento que hay espacio para reconciliar ambos lados: los corazones occidentales y las mentes diplomáticas pueden trabajar en conjunto. Podemos ir dejando gradualmente las alianzas con estados barbáricos como el de Arabia Saudita y podemos denunciar lo absurdo de los vendedores de democracia como el partido *pro-values* de Madagascar. A largo plazo, los aliados genuinamente democráticos sirven más y mejor a los intereses de Occidente que el milagro de la estabilidad proporcionada por aliados dictatoriales como Arabia Saudita o que la ilusión de libertad política evocada por falsas democracias como la de Madagascar. El camino hacia la democratización es largo y muy peligroso, pero reducirá, en última instancia, el peligro del terrorismo, bajará la tensión en posibles zonas de conflicto y traerá un mayor crecimiento económico. Impulsar y fortalecer la democracia no sólo es lo correcto, sino que también beneficia a Occidente y a sus ciudadanos.

En este libro, exploro el porque del retroceso de la democracia y propongo soluciones para reencaminarla de nuevo. Al hacer esto, me he dado cuenta de que los protagonistas en la historia de la democracia a veces son raros; a veces, sus historias son inimaginables: el nacimiento de la democracia en Atenas puede ser rastreado hasta un fatídico incidente que involucra a amantes homosexuales; el fallido intento, por parte de la CIA, de asesinar a un político congoleño con pasta de dientes envenenada; las difíciles guerras "por la democracia" en Iraq, Afganistán y Libia; el complot elaborado que involucraba asesinos ruandeses para matar a un crítico pro-democracia en Londres; la publicación, en una aplicación de iPhone, de los resultados de una elección en

Azerbaiyán un día antes de que ésta se llevara a cabo; la tragicomedia del hablador de Donald Trump en la que vociferaba que él mismo era su principal asesor de política exterior porque “tiene un gran cerebro” y porque “ha dicho muchísimas cosas”; o la anécdota en la que un juzgado en Tuquía fue forzado a llamar a “expertos en el personaje Gollum” para determinar si un activista pro-democracia había insultado al Presidente autoritario Erdoggan al compararlo con el personaje ya mencionado del *Señor de los Anillos*.

Haciendo a un lado estas historias curiosas y ocasionalemente divertidas, la crisis de la democracia es real y es peligrosa. En los siguientes capítulos, explicaré como Occidente está facilitando y provocando el declive de la democracia en el mundo y daré diez principios que pueden guiarnos para su resurgimiento; estos principios pueden ayudarnos a crear un mundo más seguro, más rico y más justo.

Sin embargo, para entender el futuro de la democracia, primero debemos comprender su pasado y sus principios.